Afecciones, objetos y otras singularidades

José Salvador

AFECCIONES, OBJETOS Y OTRAS SINGULARIDADES

*Antología de
relatos
urbanos
aderezados
con humor y
personajes
entrañables.*

José Salvador

México, 2022.

Capítulo 1

EL FIN DEL MUNDO

Parecía un día tranquilo, el más calmo en mucho tiempo. El cielo estaba despejado y completamente azul. El sol brillaba sin incomodar, las familias disfrutaban de la vida del parque caminando con sus mascotas, jugando a la pelota o haciendo un pícnic. El tráfico tranquilo, chicas lindas patinando, un domingo perfecto, ¿qué podría salir mal? Camino por la calle, por la acera de la derecha, siempre con esa elección, lo hago sin buscar rostros ajenos, eso tampoco cambia. Por un segundo, hasta disfruto del momento, siento libertad. Esa sensación de atreverse a confiar en que todo estará bien. Sigo andando, llego al lago y me detengo frente a él, justo en el frondoso corazón del parque La Fontaine. Con la mirada busco una banca, la elijo, me acerco y me siento en ella. Estiro el brazo izquierdo sobre el borde del respaldo y coloco mi tobillo sobre la rodilla. Observo todo, estiro ambos brazos y me percibo cada vez más cómodo, tanto que respiro tan profundo como me es posible, como queriendo acabarme el aire, y es en ese momento que en el cielo se dibuja una pequeña mancha roja, respiro otra vez y aquello se hace más grande. Contengo el aire por si he sido yo quien lo atrae pero no, aquello sigue su curso y pasa de ser un punto apenas perceptible, a tener el tamaño de un avión y finalmente llegar a ser tan vasto como la luna más llena de octubre. Así aparecen uno, dos, cien, miles! El cielo se llena de enormes llamas que no dan tiempo ni de levantarse. Las madres se apresuran aterradas hacia los chicos, las parejas en absoluto pánico se refugian bajo el primer techo que encuentran y yo sigo ahí, sentado, paralizado y sin saber muy bien qué hacer. No pasan ni un par de minutos cuando un estruendo ensordecedor, seguido de un temblor que rompería cualquier escala, nos tumba a todos anunciando la llegada del fin del mundo. Vuelan piedras en llamas por doquier, las casas caen a pedazos, hay gritos, llanto, caos. Los edificios se desploman uno a uno, los perros ladran desesperados, los gatos huyen sin mirar atrás y entre el denso polvo y la roja luz de la que se ha teñido el cielo, van cayendo los cuerpos al piso, algunos aterrados y varios más, ya sin vida. Los primeros no tardan en acompañar a los segundos mientras yo no puedo dejar de mirar hacia arriba. A esa inmensa, retadora, imponente y enorme mancha negra que se acerca veloz y voraz hacia mí. Lo hace con furia, decidida, cubriéndolo todo. Ahora lo sé, es el fin del mundo, el fin del mundo...

Despierto. Esa pesadilla me acompaña desde hace meses, puntualmente desde 1999, el día en que murió mi madre. Yo tenía veinte años, vivíamos solos, ella y yo. Mi padre había fallecido tiempo atrás y ella siempre se las arregló para sacarme adelante. Trabajó toda su vida y logró comprar una casa en los suburbios, lo que ahora es la ciudad. Mi madre, una mujer sencilla, callada, que gustaba de cuidar plantas y hablar con ellas. También disfrutaba de ver los shows que por la tarde encontraba en la TV.

No hablábamos mucho, siempre me sentí un fracasado, por más que deseara, en toda ocasión salía perdiendo en la balanza de lo que ella daba por mí, y lo que yo terminaba siendo, nada. Sé que era joven, a los veinte se es bastante joven, pero ya se debe tener una idea de lo que se puede esperar en la vida. Ella ya estaba grande y había enfermado. Fue en esa época que un día sonó el teléfono.

-¿Eugenio?

-¿Sí?

-Hablo del hospital.

-¿Sí?

-Su madre murió.

-Ok.

-Debe realizar los trámites de salida.

-Ok.

Y fue así, de parte de un rutinario aviso desde el hospital Hôtel Dieu, que supe que mi madre se había ido. Siempre me pareció tan raro el nombre del lugar "Hotel Dios", sería el último sitio en el que pasaría unas vacaciones.

No me gustan las responsabilidades, mucho menos las relacionadas con la muerte. Además de tramitar lo necesario en la clínica, tuve que asistir a un par de oficinas de gobierno, al banco por las cuentas y al seguro por las pólizas. Para terminar, tuve que llamar al periódico para pedir el obituario, algo que ella hubiera querido.

-Hola.

-¿Sí?

-Soy Eugenio, quiero un obituario.

-Lo siento mucho.

-No hay por qué. No la conocía.

-¿Cuál es el mensaje?

-“Antes éramos mi madre y yo. Ahora solo soy yo”.

-¿Le gust... -colgué.

No anuncié ni fecha ni hora para el servicio y llegado el día, me limité a soportar a los cercanos y a evitar a los curiosos. El entierro fue cristiano, así lo pidió ella y no tuve más opción, tampoco estaba acostumbrado a tenerla. Aquello sucedió en orden y sin complicaciones, desde las blancas luces que borraron toda sombra e iluminaron las lágrimas evocadas por recuerdos, hasta los llantos quedos, rezos coordinados, el denso café y las palabras obligadas de gente que jamás he visto y que espero no volver a ver nunca. Llegué a casa junto al primer rayo de sol, desaté mi corbata, boté el saco al piso, me saqué los zapatos y eludí mis recuerdos, siempre he sido bueno para eso. Deambulé por la sala, observé la tele apagada y encontré sus viejas pantuflas todavía a la espera. Me acerqué al reposet, ese horrible objeto en verde olivo de tacto aterciopelado. Me senté y me hundí en aquel abrazo indiferente que tanto le gustaba sentir a ella. Fijé la mirada en el negro de la pantalla y entendí que en esa oscuridad sintética, estaba sepultada la risa de mi madre. Me quedé dormido un par de horas, en ese momento no me importó el tiempo ni las responsabilidades, aunque tampoco es que tuviera tantas.

Me despertaron el frío y el susurro del silencio que anunciaba su llegada a esta casa. Me recordaba estar solo, no importaba, ya de antes me sentía así, aunque ahora sí lo estaba. Me levanté y tomé el vaso que dejé servido por la mañana, me acerqué a la mesa adormilado todavía y levanté el periódico, quería ver el obituario pero lejos quedé de llegar a esa sección, ya que algo que leí, aceleró eso que vive atrapado en mi pecho, lo que no sucedió ni al ver el féretro de mi difunta madre hundirse como un macabro malvavisco en el café del suelo. “El fin del mundo es inevitable”, rezaba el encabezado y seguía un par de hojas adelante con una historia que condenaba al planeta entero a una catástrofe monumental tras la llegada del Año Nuevo, el 2000. Divulgaba que esa teoría se encontraba enterrada en las profecías de Nostradamus y de ahí su veracidad. Todo me dio vueltas, quise vomitar y tuve que aferrarme al borde de la mesa con mis manos sudorosas, resbalaban mientras yo hacía un gran esfuerzo por no caer. Mis rodillas fallaron y mi mente se inundó con las terribles imágenes de aquel sueño al que tanto le gustaba atormentarme. Leí cada palabra y llegué hasta la última línea, aquella que afirmaba con certeza que el suceso llegaría unos meses más tarde. No pude sino dejarme caer con todo el peso sobre la silla y soltarme a llorar. Hundí mi rostro en mis huesudas manos que seguían temblando y de entre mis dedos, escurrieron tibias lágrimas mientras intentaba sin fortuna, detener las fugas que llevaba en los ojos, pero los esfuerzos se me fueron en sollozos. Seguí destilando mi desconsuelo hasta que no pude más y me dormí.

La mañana llegó y me encontró en el mismo lugar, un poco más viejo y cansado pero finalmente ahí. La luz del sol entró por la ventana y se

instaló sobre la mesa y su madera, iluminando el periódico. Lo miré, me tomó un tiempo enfocar y la mala postura de mi sueño, hacía que el cuello me doliera. Me vi obligado a observar al mundo de costado, nunca con tanto sentido si se me pregunta. Una vez recuperé conciencia y elasticidad, enderecé la espalda y mi diurna mirada descendió aguda clavándose en la fría, desconsiderada y alarmante nota que permanecía iluminada por el reflector solar. Por varios minutos no pude hacer más que pensar, lo hice golpeando con los dedos; meñique, anular, medio e índice, siempre en ese orden y no paré sino hasta resolver que no estaba listo para morir. Desde ese día, el sueño se tornó más persistente, más violento. Despertaba por las noches debido al ruido que hacía mi corazón al golpear furioso y a toda fuerza las paredes de mi pecho, haciendo lo imposible por escapar. Encontré en los vasos de licor el sedante necesario para aceptar el hecho de que mis días estaban contados y a forma de consuelo, el saber que los de todos los demás, también.

Comencé por migrar mi habitación al sótano. Fue una tarea dura, ya que estaba en el segundo piso y había mucho que cargar, aunque tenía la certeza de que aquel espacio se convertiría en el refugio ideal. De algún modo también sentía que estaría más cerca de mi madre. Instalé la vieja cama, el librero ya medio vencido por tantos tomos leídos decenas de veces y, finalmente, mi escritorio. El que me acompañaba desde hacía años y que había sido testigo hasta de mis peores poemas, incontables tareas y mis más caóticas ideas. Continué con la mesa, no la del comedor sino la de la cocina. La silla sí era la del comedor. Bajé el refrigerador y como pude, el horrible reposet que a esas alturas ya no parecía tan mala compañía. Aquel sótano era un espacio de buen tamaño, en todo Montreal los subsuelos son un obligado requisito municipal, algo que ahora hacía sentido. Sabía que de caer un meteorito, yo podría sobrevivir. Entre botellas, libros y un brillante monitor que contrastaba con la enorme oscuridad de aquel refugio, pasé noches enteras leyendo foros, absorbiendo teorías y hasta compré una guía de supervivencia. Un PDF por el que pagué tan solo \$9,99. Fue una cosa que tardó en descargarse una eternidad ya que el internet se interrumpía cada vez que alguien se comunicaba para dar su pésame. Opté por levantar la bocina y colgar de inmediato, no esperaba la llamada de nadie. Una vez lo obtuve, me tocó esperar las impresiones que se hacían línea por línea, de la manera más ruidosa y lenta posible, no importaba, debía subsistir. A los veinte se piensa que se tiene tanto por vivir. Habían pasado un par de meses desde la muerte de mi madre y no pensaba mucho en ella. Eché llave a su cuarto y no volví a entrar más. Dentro, esas cuatro paredes todavía guardaban su olor y sus cosas, a las que jamás les anuncié su partida.

Conforme pasaban los días, observaba mi rostro cambiar. Cada vez más flaco, una desaliñada barba que crecía apresurada y las siempre presentes medias lunas cuasi negras que soportaban mis ojos cansados con los que veía mi piel más amarilla. Llevaba viviendo en ese hueco por lo menos cuatro meses y ahí, ni un rayo de sol se colaba. Mantuve la cuenta de los

días marcando un calendario con un enorme plumón rojo que me recordaba certero que cada día era una gota menos en el vaso de mi vida y yo, aferrado lo llenaba con lo más fuerte que encontraba a mano.

Quedaban diez días para el evento catastrófico y fue ahí que en verdad la angustia se apoderó de mí. Me tiraba en la cama a llorar por los años que ya no tendría, por los besos esfumados, por las películas que ya no existirían, por las tardes de domingo que me perdería y al fin, por mi madre, que ya se había ido. A veces no sabía si me causaba más temor la muerte o aquella soledad.

Tres días marcaba la cuenta y yo había dejado de comer hace tiempo. No tuve apetito y tampoco estaba mal, el manual de supervivencia recomendaba reducir el consumo de reservas, así durarían más. También sugería expresar las emociones, el dolor, el miedo y la incertidumbre. Indicaba hacerlo con la familia y los seres queridos con quienes se contara en el refugio; esto no lo pude hacer. Quise mantenerme al tanto e informado de todo lo que pasaba, pero los medios se inundaron de especuladores y especialistas, creyentes y no creyentes. Todo el mundo tenía algo que opinar y nada que aportar, así que decidí apagar el ruido. Tan solo me acompañé de un reloj y me senté a la espera. Ya corrían las últimas veinticuatro horas previas a la llegada del 2000 y con él, el anunciado final. Maldije a Nostradamus una y otra vez, hubiera escupido en su tumba de haber podido. Pensé que habría preferido no ser cogido por sorpresa, aunque también me gustaban las sorpresas. Un último chequeo, todo listo. Había atrancado la puerta desde el interior utilizando cuanto tuve a mano para asegurarme de no ser saqueado en caso de haber sobrevivientes. Esto también lo aprendí del manual. Ya bien resguardado e impulsado por una cabeza caliente y un poco inundada de ron, me atreví a pensar en la posibilidad de que "El gran rey del terror" golpeará la tierra tan fuerte, que mi refugio se convirtiera en mi propia tumba. No estaba dispuesto a irme sin dejar un legado, así que tomé papel y pluma y decidido de lo que sería mi última contribución, escribí:

"Antes éramos el mundo y yo. Ahora solo soy yo".

Con un par de lágrimas huyendo de mis ojos y perdiéndose en la maraña de vellos que cubrían la mitad de mi rostro, pinché el papel en la pared y me dispuse a engullir la que posiblemente sería mi última cena. En ningún momento descarté la posibilidad de que fuera la primera como representante de una nueva era. Opté por fideos instantáneos y una sidra rosada, por aquello del Año Nuevo. Bajo la amarilla luz de un foco colgante y sobre la densa capa de polvo que cubría la mesa, comí en silencio, reflexionando nuevamente si a los veinte se era muy joven para morir. No encontré respuesta. Terminé, regresé a la cama, di un beso al retrato de mi madre, sequé el resto de las lágrimas y me acosté a dormir.

Aquella noche no soñé nada.

Llegó la mañana y desperté a las once con once minutos, era la alarma programada. Me pareció una buena hora para enterarme si seguía con vida y por fortuna, así era. Observé mis delgadas manos, toqué mi cara y me encontré con esa horrible barba que hasta gusto me dio llevar. Corrí al baño aún desnudo, encendí la luz y me topé un rostro escurrido pero feliz. ¡Estaba intacto!, ¡emocionado! Debía salir y ver lo que del mundo restaba. Tenía que conocer el destino del planeta. Me rasuré con un entusiasmo que no reconocí, tarareé Love for Sale de Miles Davis, me di un baño y de entre mis cosas elegí la mejor ropa que pude. Era un gran día, un nuevo comienzo. Me calcé las botas, acaricié el retrato de mi madre y me sentí muy orgulloso. Me acerqué despacio hasta la puerta, quité todo lo que había amontonado y una vez el campo libre; respiré, cerré los ojos y la abrí...

Tras el chillido de la puerta hinchada, el sol salió a mi encuentro. Lo hizo radiante, lastimando mis pupilas. Busqué habituarme a esa intensa luz, la luz del nuevo mundo. Comencé a caminar, giré la esquina, ahí estaba la gente, los autos aparcados, los jardines que anteceden a las casas del Plateau, los árboles y sus hojas danzando con el viento de otoño. Caminé y caminé como no lo hacía desde hacía tiempo, sin pensar en nada, observándolo todo. Me sorprendí devolviendo sonrisas y sin planearlo, llegué a un hermoso lago. Me senté en una banca y miré el cielo azul, tan despejado e inmenso. Respiré el aire fresco, extendí mis brazos, lo hice a los costados y seguí mirando a las familias reír, a los niños jugar y a los perros andar. Todo aquello era un enorme día de campo de domingo que me recordaba lo valioso que es el estar vivo. Tuve ganas de llamar a mi madre y contarle todo, pero ella ya no estaba. Ahora solo éramos el mundo, su recuerdo y yo. Cayeron un par de lágrimas, esta vez de alegría.